

UNA MIRADA AL FUTURO DE LOS INDIGENAS DE GUAYANA

Conferencia ofrecida en el marco del foro sobre los indígenas de Guayana realizado en Ciudad Bolívar por la Biblioteca Pública Central de Ciudad Bolívar «Rómulo Gallegos» en colaboración con UNUMA.

Alexander Mansutti Rodríguez

Antropólogo - ICAS-FLASA

Oficina Guayana. Apdo. Postal 51, Ciudad Bolívar.

INTRODUCCION

Hervé Le Bras, uno de los demógrafos más destacados del mundo, nos comentaba en el marco de uno de sus seminarios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París que la previsión en Ciencias Sociales era un ejercicio de alto riesgo. Para fundamentar esta apreciación, aseguraba que el alcance máximo al que puede aspirar un pronóstico en demografía, que es la más formalizada y rigurosa de las ciencias del hombre, era de tres años y ello con grandes probabilidades de error.

A pesar de que la antropología social no cuenta con los complejos algoritmos ni con el volumen de datos que caracterizan a la demografía, desde ella se han hecho rústicas previsiones basadas en impresiones o experiencias limitadas que están marcadas por una mezcla variable de utopía y pesimismo que resultan en un dibujo más o menos somero del porvenir de las minorías nacionales no estandarizadas aún por los patrones culturales de la sociedad industrial. Para los grupos indígenas estas previsiones han implicado generalmente la predicción de su desaparición.

En uno de mis trabajos más viejos (Mansutti 1991) planteaba que el proceso de cambio social en el que están inmersos los grupos aborígenes sólo puede ser comprendido si somos capaces de descomponer y analizar el juego del conjunto de las determinaciones más importantes que actúan en el seno de cada una de estas sociedades tradicionales, en el entorno industrial y capitalista y en el sistema de relaciones establecidas entre ambos sectores. Es decir, que la comprensión del cambio ocurrido y del que sucede en este momento sólo es posible desde una perspectiva sistémica que nos permita ver los fenómenos como la consecuencia del encañamiento de múltiples factores que, interactuando entre sí, abren o cierran caminos, revelando nuevas oportunidades pero condenando otras. Se trata pues de intentar ver esos fenómenos sociales como si fueran el producto de la circunstancia estructural que los define.

Esta perspectiva sistémica es incompleta si, además, ella no es capaz de integrar la dimensión histórica a la interpretación. En efecto, estamos convencidos que los hechos de hoy son también el producto de una suerte de inercia estruc-

tural que es visible sólo si se toma en cuenta el devenir del hecho mismo y de las condiciones en que se produjo.

Pero el análisis histórico no puede limitarse a una simple rememoración de una serie sucesiva de hechos justificados cada uno por las condiciones aparentes y la intencionalidad de quienes los llevaron a cabo. En efecto, muchos fenómenos que en apariencia lucen ligados a la voluntad humana, como por ejemplo la procreación, no son más que la expresión de fuerzas desencadenadas por el funcionamiento de la sociedad en las cuales el hombre luce más como un juguete que como un protagonista consciente. De no ser comprendida la inercia de estas fuerzas que hunden sus raíces en la dinámica histórico-estructural del fenómeno considerado entonces nuestra interpretación luce condenada. Pienso en este momento en los excelentes trabajos de Noël Bonneuil (1990a; 1990b) sobre la relación entre la mortalidad y la fecundidad en la Francia pre y post-industrial que le permiten vislumbrar saltos continuos entre dos estados de fase distintos de la dinámica de poblaciones, atendiendo a fenómenos que él llama atractores y que desatan procesos sociales cuya comprensión escapa a la racionalidad de sus protagonistas y cuya inercia actúa aún mucho tiempo después que ha finalizado la acción directa del factor que la desencadena. Esta interpretación, que utiliza como marco de referencia la teoría del caos, renueva el análisis de la dinámica de poblaciones al abrir la posibilidad de ver regularidades del sistema allí donde antes sólo había la anarquía de hechos sucesivos en apariencia irregulares ligados al arbitrio de sus participantes.

Nosotros vamos a intentar algunas proyecciones de las tendencias que hoy aparecen como evidentes entre los indíge-

nas de Venezuela. Pero no se piense que lo que se va a expresar aquí es una lectura fiel de su futuro. En efecto, el contexto nacional e internacional están cambiando aceleradamente y a duras penas comenzamos a conocer a los indígenas en sus rasgos más evidentes. Así mismo, no es sino hasta hace tres décadas que la arqueología ha comenzado a ofrecernos información fidedigna sobre lo ocurrido antes del Contacto y sólo a partir de la década de los 70 grupos de estudiosos han enfrentado con seriedad la tarea de hacer una reconstrucción etnohistórica del proceso que ha dado lugar al actual panorama de pueblos indígenas. Es decir, que no contamos aún con la materia prima básica que nos permita establecer escenarios globales posibles con rangos de error aceptables.

A pesar de estas limitaciones en una tarea como la que nos proponemos emprender, yo creo que se pueden hacer predicciones mínimamente confiables siempre que sean puntuales y refieran no a la configuración total de las futuras sociedades indígenas sino a algunos de sus elementos más destacados. Así mismo, ellas deberán ponerse como límite un esbozo del aspecto considerado sin pretender entrar en los detalles. Pero aún este ejercicio, como verán ustedes un poco más adelante, presupone varias condiciones constantes y un ejercicio de proyección de sólo las tendencias visibles. Hacerlo no es extremadamente difícil pues sólo implica ordenar y asociar situaciones que ya son parte, en su mayoría, de las discusiones de los entendidos en la materia.

Finalmente, quiero exponer dos preocupaciones: la primera es que un ejercicio predictivo como el que nos proponemos hacer sólo es útil si es capaz de generar entre los interesados por el futuro de las etnias venezolanas una actitud reflexiva

sobre las consecuencias de las tendencias que se analizan. En el caso del liderazgo indígena, yo me sentiría enormemente satisfecho si las proyecciones que aquí hacemos permiten generar una visión de conjunto, así como una discusión sobre los efectos positivos y negativos de las tendencias evidenciadas y de los medios que se pueden utilizar para potenciar los buenos efectos y mitigar o evitar los malos. Y la segunda es que hemos hecho nuestro mejor esfuerzo para evitar emitir juicios de valor sobre las proyecciones pues creemos que ese rol le corresponde a los propios indígenas.

1.- EL FUTURO EN EL PASADO

Antes de continuar adelante regresemos un poco al pasado para tratar de ver cuál ha sido la dinámica que ha caracterizado hasta ahora a los pueblos indígenas y cuál a nuestro juicio fue la situación que la explica.

Al momento de la llegada de los europeos todo el territorio venezolano estaba ocupado por una gran diversidad de pueblos que mantenían estrategias económicas y políticas particulares. En Guayana, ayer como hoy, el eje estructurador del territorio era el Orinoco. A él llegaban bienes provenientes de toda su cuenca lo cual permitía el intercambio entre regiones con potenciales diferentes entre sí como los Andes, los Llanos, el Delta, las islas caribeñas y la selva húmeda tropical que domina buena parte del Escudo Guayanés. En los raudales de Atures y Maipures, en las playas de tortuga de los ríos Orinoco y Guaviare, en las cercanías del Delta, y en otros sitios estratégicos se concentraban hombres, bienes y circunstancias para constituir centros importantes de intercambio en los que se encontra-

ban grupos intermediarios y/o acudían los grupos de otras muchas partes a fin de mercadear entre sí.

Las fuentes y los resultados de la arqueología nos indican que el poblamiento de las regiones era diferente y con ello la densidad demográfica. Las mayores concentraciones de población y los asentamientos más grandes parecieron haber ocurrido en las planicies de inundación de los ríos llaneros, como el Apure y el Meta, que bajan sus aguas blancas y tierrosas desde los Andes, creando ricas llanuras aluvionales aptas durante el período de retirada de aguas para la siembra de los maíces del ciclo corto. En contraste, las áreas selváticas asociadas al Escudo Guayanés, aún cuando mucho más densamente habitadas por los indígenas de lo que hoy lo son, guardaban poblaciones más reducidas y, sobre todo, dispersas que dependían para su mantenimiento del pan de yuca. Esta situación no fue óbice para que Diego de Ordaz se encontrara un gran asentamiento entre productores de yuca conformado por 400 bohíos y 4.000 habitantes llamado Yyapari cuando remontaba el Orinoco por primera vez durante el año de 1531 (Aguado 1915).

Este Orinoco era surcado frecuentemente por bongos llenos de individuos que iban a visitar, negociar o guerrear. Los Kariña son entre todos ellos el grupo más activo. Su área de influencia llegaba por el sur hasta el Guaviare, por el norte hasta las islas del Caribe y en general hasta los grupos aledaños a los sectores medio y bajo de los ríos que atraviesan los llanos orientales y del norte con rumbo al Orinoco. Nos encontrábamos entonces con una extensa red de relaciones simbióticas y de dependencia mutua a la que se ha bautizado como el sistema de interdependencia regional del Orinoco.

Toda esta estructura es intervenida bruscamente a la llegada de los europeos. Ya desde sus implantaciones en las islas del Caribe y en particular desde La Española (actuales República Dominicana y Haití) los barcos de españoles surcaban los mares y arremetían contra todos los indígenas cercanos a la costa a quienes esclavizaban o con quienes contrataban la captura de esclavos (Aguado 1915). No es difícil imaginar cuanta zozobra y pueblos y sembradíos abandonados pudo producir la calidez de estos contactos iniciales.

Pero lo peor estaba por venir. Dos mundos que se habían aislado hasta entonces se reencuentran para compartir enfermedades luego de varios miles de años. Y en este intercambio, los naturales de América perdieron definitivamente la batalla contra el invasor. En 1521 un esclavo negro que viajaba en el barco de Pánfilo de Narvaez lleva consigo la viruela a Yucatán (Hopkins 1983). Desde allí, esta epidemia llegara antes que Cortez al altiplano mexicano donde diezmará al ejército que debía hacerle frente, y luego irá descendiendo lentamente por toda América para llegar al Imperio Inca donde contará entre sus víctimas al propio soberano. La guerra civil que se desencadena después por su sucesión estará aún activa cuando Pizarro llega al Imperio en busca de oro e historia, y facilitará enormemente su aventura colonizadora.

La viruela y el sarampión, además de la peste, la tosferina y la gripe, realizaron un trabajo demoledor entre las poblaciones amerindias llevándose a la tumba a una buena proporción de ellas antes de haber visto al primer blanco y aun cuando no contamos con referencias exactas, estamos acordes con Beckerman que ellas debieron entrar profundo en territorios indígenas (1979). En la cuenca del Orinoco

Medio, las sociedades asentadas a lo largo de los ríos que discurren desde los Andes, con altas densidades de población y grandes asentamientos, debieron servir como puntos de irradiación de la cadena de contagio. Estas primeras oleadas deben haber devastado estas poblaciones y provocado la destrucción de la estructura demográfica requerida para mantener otras cadenas epidemiológicas en las que la transmisión del patógeno ocurre sin intervención de animales.

Pero estas enfermedades virulentas y de acción letal rápida no fueron las únicas. Para el momento del contacto, el paludismo causaba estragos en Europa en cuyas ciudades era endémico. En África, desde donde se comenzaron a traer esclavos a partir de 1501, era tan larga su historia de convivencia con los hombres que éstos habían desarrollado mecanismos orgánicos de defensa que mitigaban su acción patógena. Pero para América ésta era una enfermedad nueva. Ya en 1531 Ambrosio Alfínger, el Welser que mandaba en Coro, se va a La Española a reposar porque se encuentra afectado por el paludismo (López 1985). Ello es un indicador de que esta enfermedad, cuyos efectos son más desorganizativos que destructores, debía estar esparcida por todos los llanos y las selvas guayanesas. Trátemos de imaginarnos por un momento las dificultades ocasionadas por este patógeno en sociedades que dependían del bienestar de su fuerza de trabajo para el mantenimiento de las infraestructuras destinadas a la siembra del maíz al imponer reposos tres días de cada cuatro por la alta fiebre y los dolores que ocasiona.

Pero no es la llegada de nuevas enfermedades la única amenaza contra la integridad de los pueblos aborígenes. Parece ser que antes del arribo de los euro-

peos era práctica generalizada entre los pueblos indígenas la transferencia de poitos o macos, es decir de individuos de ambos sexos, generalmente jóvenes, que merced al raptó o al intercambio comercial pasaban de su lugar y etnia de origen a un nuevo hogar donde eran integrados, con el pasar del tiempo, como ciudadanos de pleno derecho. Eran estos mecanismos que muy probablemente contribuían a la redistribución de la población y de su potencial reproductivo.

Con la instalación de los primeros asentamientos europeos en América el comercio de poitos irá transformándose progresivamente en comercio de esclavos con el fin de satisfacer la creciente demanda de fuerza de trabajo proveniente de minas y explotaciones agrícolas, que ya no era cubierta con la de los indígenas sometidos directamente a esclavitud por los mismos europeos en los entornos accesibles a ellos. Las potencias extranjeras establecerán alianzas con facciones indígenas a quienes surtirán a cambio de poitos, con los bienes y las armas de fuego que requerían para hacer frente al enemigo común. Los Caribes, asediados por el español y aliados con los holandeses en la cuenca norte del Orinoco, y los Guaipuinavis asociados al portugués por el sur y enemigos de los Caberres, promoverán con la introducción de bisutería y mercaderías de hierro la generalización de incursiones entre vecinos con el fin de capturar esclavos. De esta manera toda la región se ve inmersa en una dinámica maldita por la cual casi todos los grupos estaban inmersos en el mercadeo de esclavos y todos los individuos estaban amenazados de terminar sus días como trabajadores entre los holandeses de Demerara, los portugueses del Amazonas o los españoles de tierra firme o de las islas de Cubagua y Margarita. De este tiempo,

como después del caucho, los indígenas sobrevivientes guardarán en su tradición oral infinidad de relatos aterradores sobre los caníbales rubios y con dientes de oro que llegaban a matar a los hombres para robarse mujeres y niños que jamás volvían a ser vistos.

Es imposible cuantificar el impacto del esclavismo sobre los pueblos indios pues no contamos con ninguna estadística que nos permita conocer detalles sobre la dinámica de las poblaciones envueltas en estas prácticas ni sobre la magnitud de las cifras de implicados (muertos y transferidos) y su proporción sobre la población total. Sirva entonces como referencia que en 1844 el P. Manuel Román (1970) Superior de las Misiones Jesuitas del Orinoco, indica que por el canal del Casiquiare se habría enviado a los asentamientos portugueses del Amazonas durante los últimos seis años más de 8.000 esclavos provenientes del Alto Orinoco, cifra significativa pues hablamos de una época en la que la debacle demográfica ocasionada por las enfermedades ya se estaba consumando y que ella no incluye los muertos ocasionados en la caza de estos individuos.

Enfermedades de violento y/o lento accionar y el tráfico de esclavos van a someter a todos los grupos del Orinoco a una presión destructiva que transformará en áreas vacías lo que eran espacios poblados como los ríos de arenas y como los cielos de estrellas, al decir del cronista jesuita Juan Rivero (1956). A ello contribuirá la política de concentrarlos en asentamientos misioneros a medida que Capuchinos Catalanes, observantes y Jesuitas van consolidando sus posiciones en la cuenca del gran río. De esta manera se recrearán las condiciones de concentración poblacional requeridas para restablecer la cadena epidemiológica de enfermedades como el sarampión y la viruela

que regresarán al Orinoco bajando de pueblo en pueblo desde la costa para dejar a su paso muerte y desolación y utilizando como centros de dispersión a estos macroasentamientos. A finales del siglo XVIII grandes grupos como los Achaguas, los Otomacos, los Maypures, los Caberres y los Avanis, por citar sólo a algunos de los más grandes, están desapareciendo (Mansutti 1988: 1990). En contraste sobreviven algunos de los grupos más dispersos y alejados de los cursos de los grandes ríos como los Piaroa, los Hiwi, los Ye'kwana, los Mako-Wirö, los Panare y los Yabarana.

Algunos autores como Dobyys (1966) y Borah (citado en Dobyys 1966) estiman que esta debacle puede haber acabado con el 95% de la población indígena en las áreas en contacto con el colonizador y nuestras propias investigaciones nos indican que entre los siglos XVII y XIX desaparece el 83% de los grupos étnicos de la cuenca media del Orinoco. Desaparecerán todos los grupos dependientes del maíz, quienes tenían los asentamientos más grandes y duraderos. Sobrevivirán, para quedar como paradigmas modernos del indio, los grupos interfluviales dispersos, bien sea los nómadas o bien aquellos habitaban pequeños asentamientos de muy poca población que basan su economía en la horticultura de tala y quema teniendo como cultivo principal la yuca. La única excepción a esta regla la constituyen los Kari'ña, quienes sobrevivirán la maldición del contacto a pesar de vivir muy cerca del Orinoco y tener asentamientos relativamente más grandes que el resto. Retengamos entonces una primera condicionante del futuro: los indígenas venezolanos sobrevivientes son especialistas en el manejo de las áreas más difíciles del bosque tropical, el Delta y las cabeceras de los grandes ríos

que en Guayana no son otras que nuestras fronteras con Brasil y el Esequibo.

Otro elemento clave a considerar es que en ningún momento se aislaron los grupos indígenas del colonizador. De hecho, otra cara de la historia del Orinoco es la reseña de la intrincada red de relaciones comerciales establecidas entre indígenas y europeos desde el mismo momento del primer asentamiento. De hecho, los primeros enclaves extranjeros en el Orinoco se establecen en sitios donde ya había comunidades indígenas que fungían como ejes del sistema de interdependencia regional: Cabruta, siempre poblada y llave de entrada a los Llanos del norte del Orinoco es establecida como misión jesuita en la tercera década del Siglo XVIII: La Encaramada y Uruana (hoy La Urbana) son establecidas en la cercanía de las playas de tortugas, en la misma época que Cabruta, allí donde miles de indígenas se encontraban durante el verano para aprovechar las carnes y huevos de estos numerosos quelonios, producir aceites e intercambiar mercaderías; y finalmente los imponentes raudales de Atures, donde la misión homónima permitía el control de la más grande feria comercial del Orinoco en la que encontraban indígenas que intercambiaban bienes procedentes de los Andes, de la selva interfluvial, de los Llanos y del Caribe.

Estos gestos de control geopolítico y la oferta de bienes novedosos entre los que destacaban particularmente las herramientas de hierro, los adornos y las armas de fuego crearon las condiciones para una re-estructuración de la red por la cual cambian los agentes más activos del sistema y se integran nuevos productos sin que para ello se transformen sustancialmente los sitios claves ni los procedimientos de intercambio. Más pue-

de el interés de los indígenas por los bienes innovadores que el miedo a la violencia del colonizador y por ello las redes de intercambio entre ambos sectores económicos se mantienen a lo largo de los siglos, expandiéndose durante los momentos de paz y restringiéndose durante los períodos de violencia. Ni siquiera desaparecen en los tiempos más duros de la explotación cauchera.

Puede decirse entonces que el sistema comercial aborígen se perpetua en el marco del nuevo sistema de intercambio mercantil impuesto progresivamente por los europeos primero y por los criollos después. Esta vocación comercial aborígen es otro factor a tomar en consideración para las previsiones que haremos.

Otra enseñanza interesante que se desprende de la historia es la comprobada flexibilidad estructural de las sociedades aborígenes sobrevivientes que les permite irse adaptando culturalmente a los nuevos retos impuestos por el contexto social emergente. Aun cuando es innegable que muchas sociedades aborígenes fueron desapareciendo sin dejar mayores rastros, ello parece estar más asociado a las debacles demográficas impuestas por el contacto que a la capacidad de respuesta de los sistemas sociales aborígenes. En un artículo, Le Bras (1979) demuestra que una población sometida a una catástrofe demográfica, entendiéndose por ésta a un suceso en el cual muere al menos el 30% de la población, sufre durante mucho tiempo sus consecuencias antes de recuperarse y devenir una población estable. Pero, si esta misma población es víctima de una segunda catástrofe, entonces se hace inminente su rápida desaparición. No una ni dos sino varios y sucesivos fueron los desastres que afectaron a los grupos étnicos asentados en Guayana. Que muchos

de ellos hayan entonces desaparecido no es algo que deba sorprendernos ni que deba ser achacado a debilidades inherentes a sus cuerpos ni a sus sistemas sociales sino al rigor de las leyes de la demografía.

Para ilustrar lo dicho veamos por ejemplo algunos casos de flexibilidad estructural de las etnias guayanesas. Comencemos por ejemplo con los Hiwi, popularmente conocidos como Guahibos. Al momento del contacto los Hiwi eran un grupo de cazadores recolectores que atravesaban los llanos para ir de asentamiento agricultor en asentamiento agricultor intercambiando por bienes locales las mercaderías que obtenían en su habitat sabanero. Al desaparecer los grupos asociados a ellos, los Hiwi se transformaron en agricultores, a excepción de algunos miembros del sub-grupo Cuiva. Pero ello no para allí; estos mismos Hiwi han venido creando barrios étnicos en la ciudad de Puerto Ayacucho donde parecen reproducir normas propias de comportamiento. Un caso similar es el de los Wayúu (Guajiros) quienes han pasado exitosamente de cazadores-recolectores a criadores de ovejas y a ciudadanos urbanos en Machiques y Maracaibo. Otro ejemplo; buena parte del pueblo pemón, horticultores y de filiación lingüística caribe, se ha dedicado en los últimos tiempos a explotar la minería artesanal en sus territorios.

Podríamos seguir con otros muchos ejemplos como el de los criadores ye'kwana de búfalos, los empresarios turísticos de esta misma etnia, o los Piaroa interfluviales que luego de 200 años han logrado ajustarse a la vida en los grandes ríos como el Orinoco cuando ellos son originarios de regiones montañosas y cabeceras. Lo interesante es que estos procesos no han implicado, en la mayoría de los

casos, una pérdida sustancial de la identidad étnica. Guardemos también en nuestro espíritu esta condición.

2. EL PESO DEL PRESENTE

Antes de comenzar la lectura del futuro, véamos cuáles son las condiciones que, si se mantienen, harán que la predicción sea mínimamente confiable.

El hecho más notable, a mi juicio, del presente indígena venezolano es la aceleradísima tasa de crecimiento de la población que en apariencia parece deberse a la acción combinada de una disminución sensible de la tasa de mortalidad en todos los grupos de edad de la población y a un hipotético aumento de la tasa de fecundidad, fenómeno que sería particularmente agudo en los grandes poblados cercanos al mundo criollo o bajo el control de la misión. En algunos casos, esta situación se ve reforzada sea por un balance migratorio positivo, como en los casos de

los Hiwi y de los Arawaco, sea por un mejor reconocimiento censal de la condición étnica, tal como suponemos que ocurre entre los Kari'ña, los Mapoyo, los Sapé y los Arutani. Esto marca el fin de un largo período de caída, primero, y de virtual estancamiento después, que caracterizó la demografía indígena después del contacto.

El análisis de los resultados aportados por los censos de población indígena de 1982 y 1992 nos indica que la población perteneciente a las etnias en el Estado Bolívar pasó de 21.778 a 34.977 individuos (Tabla 1). Un incremento de 13.199 individuos que en cifras significa que esta población se ha incrementado en más de un 60% en apenas 10 años. En el Estado Amazonas la situación es similar. En efecto, allí la población indígena pasó de 30.163 en 1982 a 44.512 en 1992. A pesar de que sospechamos una subestimación de ciertas poblaciones, ello nos dice que hubo un incremento de un 47,5%.

TABLA 1
TASA DE CRECIMIENTO Y PERÍODO DE DOBLAMIENTO
DE LA POBLACIÓN INDÍGENA
POR ENTIDAD FEDERAL

Entidad federal	Censo 1982	Censo 1992	Tasa de crecimiento	Período de doblamiento
Amazonas	30.163	44.512	4,7	14.9 años
Bolívar	21.778	34.977	6	11.7 años
Delta Amac.	17,862	21.125	1,8	37.9 años

Fuentes: (1) Censo indígena de 1982. Nomenclador de comunidades y centros poblados. Caracas: OCEI.
(2) Censo indígena de Venezuela 1992. Tomo I. OCEI.

Si consideramos algunas etnias con empadronamientos confiables tanto en 1982 como en 1992, y cuyo crecimiento no es atribuible a migraciones o cambio de la definición censal de indio, podemos ver que su tasa de crecimiento es mayor que la media indígena estatal. Así por ejemplo, los Piaroa pasan de 7.030 a casi 11.539, un incremento que ronda el 65% en 10 años lo cual representa una tasa de crecimiento de alrededor del 6,4 interanual (Tabla 2).

Incluso ha habido crecimiento poblacional entre los Yanomami quienes están sujetos a la acción deleterea de la actividad minera y del contacto reciente, razón por la cual podrían ver disminuida su población a corto plazo. Resumiendo la población indígena general está por primera vez después de cinco siglos en franco crecimiento sin que se vislumbre catástrofe alguna que pueda poner en peligro esta tendencia.

Las estrategias de ocupación del territorio tienden a transformarse en virtud del crecimiento poblacional y del incremento de la articulación al mercado nacional de bienes y servicios. Hasta el boom petrolero, lo característico de los asentamientos indígenas era su movilidad periódica, su pequeña talla y su dispersión atendiendo más a la oferta de recursos naturales y servicios tradicionales que a la oferta occidental. A partir de la década de los 70 aumenta notablemente en las comunidades la presencia de los servicios educativos, sanitarios y policiales del Estado y con ello de infraestructuras de difícil traslado. Ellos presionan hacia la sedentarización de los asentamientos, entran las fisiones y crean las condiciones para un crecimiento demográfico *in situ* inédito desde el período precolonial. La acción combinada de todos estos facto-

res llevan a su vez a una integración mayor al mercado de tipo occidental y monetarizado. Aparecen entonces los macroasentamientos, contrastantes con las estrategias tradicionales de esos mismos grupos, que privilegian la relación con el entorno occidental y fungen como intermediarios entre éste y los grupos más refractarios al cambio. Igualmente, comienzan a producirse emplazamientos satélites integrados sea por pequeñas comunidades dependientes que nunca han formado parte del gran asentamiento, sea por grupos familiares que han migrado de éste pero que se resisten a abandonar los beneficios que en él aprovechan.

El aumento de la población presiona tanto hacia el crecimiento vegetativo de las comunidades como hacia la densificación de la red de asentamientos dependientes de las mayores. Sin embargo, la observación de los resultados de los censos del 82 y 92 nos indica que sólo ocurre lo primero mientras que para lo segundo la tendencia es contraria. En Bolívar el número de asentamientos disminuye en un 24% al pasar de 438 asentamientos a 333, mientras que en Amazonas aumenta en un pírrico 1% al pasar de 521 a 528 (OCEI 1993; 1992; 1085). Así pues la población de la comunidades crece pero el número de asentamientos permanece estable o disminuye.

Nuestra experiencia de campo nos permite presumir que esta no es una tendencia firme. En efecto, es cierto que la aparición de los macro-asentamientos conformados en su origen por familias provenientes de dos o más comunidades produce un efecto inicial de disminución del número de asentamientos geográficamente independientes.

TABLA 2

TASA DE CRECIMIENTO INTERANUAL ENTRE 1982 Y 1992
 Y PERÍODO DE DOBLAMIENTO DE LA POBLACIÓN
 DE LOS GRUPOS ÉTNICOS CON PRESENCIA EN GUAYANA

Etnia	Censo 82	Censo 92	Tasa de Crecimiento interanual	Período de doblamiento (en años)
Akawaio	491	911	6,5	11
Arawaco	78	248	21,7	3,5
Arutani	9	45	40	2
Baniva	1.167	1.192	0,2	324
Bare	1.265	1.226	-0,3	-230
Hiwi	7.256	11.608	5,9	11,9
Hoti	398	643	6,1	11,6
Kariña	6.849	11.141	6,3	11,4
Kurripako	1.623	2.816	7,3	9,8
Mapoyo	76	178	13,4	5,5
Panare	2.379	3.314	3,9	18
Pemón	11.464	19.129	6,6	10,7
Piapoco	640	1.333	10,8	6,7
Piaroa	7.030	11.539	6,4	11,1
Puinave	491	774	3,6	12,3
Sape	9	28	21,1	3,6
Warao	19.573	24.005	2,2	31
Warekena	316	428	3,5	19,9
Yabarana	155	319	10,5	6,9
Yanomami	12.082	15.012	2,4	32,2
Yekwana	3.038	4.472	4,7	15
Yeral	?	775	-	-

Fuentes: (1) Censo Indígena de 1982. Nomenclador de comunidades y centros poblados. Caracas. OCEI.
 (2) Censo Indígena de Venezuela 1992. Tomo I. OCEI.

Sin embargo, a medida que estos maduran y que aumenta el impacto causado en el entorno sobre las tierras cultivables y los recursos de la fauna terrestre, comienzan a desprenderse grupos familiares cuyo fin es el de reubicarse en espacios donde sus actividades económicas rindan mejores resultados. La mayoría de estos grupos continuarán ligados al pueblo que les dio origen adonde quedarán parientes próximos y eventualmente

una casa que les permitirá acceder a los servicios que allí se ofrecen. Esto ocurre con mayor frecuencia en los pueblos más viejos. Tomando en consideración que muchos de los macro-asentamientos guayaneses fueron consolidados durante las décadas de los años 60 y 70, es factible pensar que este proceso debe estar iniciando por lo que se manifestará con mayor fuerza en el Censo del año 2.002.

En contrapartida con este fenómeno, se evidencia una tendencia a la conformación de asentamientos urbanos. Retomando el caso Piaroa que es el que mejor conocemos, es notable la diferencia entre 1982 y 1992. Durante el primer censo se registra tres grupos de Piaroa en barrios de Puerto Ayacucho que no pasaban de una cincuentena de integrantes. En 1992 la cifra sube a 170 y los asentamientos pasan de 10. Algunos de ellos son bastante complejos con asociaciones de familias extendidas que se parecen a las estructuras originarias de grandes asentamientos. Aún más impresionante, aun cuando atípico, es el caso de los Hiwi quienes, de acuerdo siempre con el último censo, tienen al 31,1% de su población habitando en la ciudad.

Resumiendo, proponemos una tendencia a la densificación de las redes de asentamiento de los grupos indígenas y simultáneamente un aumento de su presencia relativa en los espacios urbanos a donde integran barrios étnicos.

.....

La presencia del indio en la sociedad venezolana de este siglo es hoy mucho más notable que ayer y ello no está relacionado con que su población actual sea más grande o que ocupen mayor cantidad de territorio. El hecho es que hasta principios de la década de los 70 la presencia indígena era un motivo más de vergüenza que de orgullo. La historiografía oficial había minimizado sus aportes a la nacionalidad y su permanencia en regiones alejadas del área centro-norte-costera los marginaba de la polémica diaria mientras era considerada por las élites como un oprobio y un síntoma de nuestra incapacidad para modernizar el país. El pueblo llano poco sabía de la existencia de indíge-

nas y cuando usaba la palabra «indio» era para aludir despectivamente a la ignorancia de aquel a quien se refería. Al mencionárseles en los periódicos era para resaltar aspectos folklóricos de sus hábitos o los problemas que entrañaba su existencia.

En la década de los 70 la mundialización de las relaciones internacionales jaquea los Estados nacionales y cuestiona sus fronteras. En contrapartida reaparecen con fuerza creciente las fronteras regionales de contenido étnico hasta ese momento camuflajeadas por el peso de las culturas dominantes nacionales. Al mismo tiempo, algunos sectores de la Iglesia Católica implicados en la evangelización renuevan sus prácticas bajo el influjo del aliento fresco del Concilio Vaticano II y la Teología de la Liberación, y grupos de antropólogos y amigos de los indígenas constituyen organizaciones no gubernamentales cuya acción es orientada al apoyo de las grandes reivindicaciones de las minorías étnicas. Un ambiente favorable a la sobrevivencia de los grupos étnicos se va creando, hoy llamamos a esto una matriz de opinión, y los grupos de apoyo a los indígenas conforman un poderoso lobby o grupo de presión capaz de influenciar las decisiones de los grandes organismos políticos y financieros multinacionales, además de orientar la diplomacia de los países donde residen. Florecen conjuntamente las organizaciones indígenas apoyadas por la ONU y la OEA.

En Venezuela aparecen las federaciones indígenas a comienzos de la década de los 70 como un síntoma de los nuevos tiempos. Surgen también el programa indígena del IAN que tímidamente comienza a dotar a las comunidades con títulos de propiedad de la tierra y la nueva Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio

de Educación que ensaya la implementación de programas novedosos de educación intercultural. Se crea un mecanismo de retroalimentación entre las ideologías en boga a nivel internacional, el pueblo y el Estado que fortalece el proceso de revalorización del mundo indígena. A pesar de un retroceso temporal durante la gestión Lusinchi, la dinámica desencadenada va creando un cambio de opinión generalizado.

En las comunidades ello implica un retroceso sustancial del sentimiento de vergüenza étnica, hasta ese momento sostenido por la acción del Estado y el sentido común. Ser indio va perdiendo poco a poco su carga peyorativa y eventualmente deviene una condición favorable en la lucha por ciertas reivindicaciones. Los indios ya no abandonan su resguardo cultural sino que muchos de los que habían decidido marginarse regresan ruidosamente al reconocimiento de su condición.

El liderazgo indígena nacional se renueva con jóvenes emergentes mejor capacitados que sus antecesores para maniobrar en las oscuras madejas de la sociedad nacional e internacional. Apoyados en el lobby indigenista comienzan a establecer redes de alianza extranacionales y a conocer las estrategias de lucha de otros pueblos hermanos. Esta información revierte en las comunidades que se ven estimuladas por el alcance extralocal de sus luchas. Ahora los indígenas se hacen más independientes de los factores de poder nacional.

Este liderazgo accede con mayor facilidad que sus antecesores a las instancias jurisdiccionales en las que sus luchas tienen mayores probabilidades de éxito. Abogados, jueces y pleitos judiciales devienen un léxico común. La etapa del

indio ignorante de los mecanismos institucionales de lucha se supera lo que aunado a la acción constante del lobby indigenista, hace mucho más difícil la impunidad de la violencia que se ejerce contra ellos.

En lo económico, la articulación de los indígenas al sistema global se masifica y todos los grupos se hacen dependientes de él. En los casos más palpables, las actividades destinadas al mercado criollo ocupan una buena proporción del tiempo diario. Véase sino a los mineros Pemón o a los productores de mañoco Piaroa. En general, este cambio no ha implicado el abandono de las actividades tradicionales pero sí cambios notables en el tamaño de los conucos, la proporción de los cultivos presentes o en el tiempo dedicado a cada una de las actividades económicas.

Finalmente, queremos destacar que entre las condiciones actuales resalta la creciente integración de los niños indígenas en el sistema educativo criollo. Cuando yo comencé a hacer etnografía entre los Piaroa, hace hoy 10 años, las escuelas estaban presentes en un tercio de todas las comunidades pero aún no había un solo bachiller. Hoy, los resultados del Censo 1992 nos muestran que 493 estudiantes Piaroa han llegado al Ciclo Diversificado y 27 a la universidad (Venezuela, 1993). Nosotros consideramos que este proceso se va a mantener aún.

3.- UNA MIRADA AL FUTURO

La puesta en juego del conjunto de las determinaciones evidenciadas nos permiten comenzar a elaborar los trazos gruesos de un posible porvenir. En primer lugar es evidente que la reproducción social de estas sociedades estará garantiza-

da en todo cuanto ellas puedan depender de la presencia física de sus miembros. Las únicas excepciones posibles son las de grupos como los Sapé y Arutaní cuyo pequeño número limita sus posibilidades de reproducción.

Nos parece muy probable que a medida que disminuya el efecto inicial del mejoramiento de la situación sanitaria sobre las cifras de mortalidad, la tasa de crecimiento de la población se irá normalizando y disminuirá a cifras cercanas a 5. Sin embargo, es importante destacar que éstas siguen siendo enormes y que permitirán un incremento acelerado de la población que se duplicará cada período de 14 años. Dado que la tasa de crecimiento de la población que no se reconoce como indígena es la mitad de ésta, también puede preverse un aumento del peso relativo de la primera en relación con la de los criollos.

Si a este aumento acelerado de la población agregamos el hecho de la consolidación de los grandes asentamientos y de sus redes asociadas de pequeños poblados, se vislumbra entonces una ocupación del espacio ordenada a partir de la influencia de centros indígenas prestadores de servicios que a su vez dependerán de los centros poblados criollos más importantes. Será una especie de red de satélites que a su vez contarán con sus propios satélites.

En los asentamientos más pequeños las actividades económicas fundamentales serán las tradicionales orientadas a la subsistencia con una pequeña proporción del tiempo y los recursos orientados hacia el mercado regional de bienes y servicios. La dificultad de obtener dinero a partir de esta modalidad de articulación al entorno occidental dificultará una alta fre-

cuencia de contactos, siempre costosos cuando se trata de desplazarse desde las comunidades con destino a la ciudad, y reorientarán las estrategias de obtención de bienes occidentales hacia los bodegueros de los grandes asentamientos quienes se constituirán en intermediarios. Algunos habrán escogido esta forma de relativo aislamiento como estrategia de vida. Ellos serán el corazón tradicionalista del grupo a partir del cual se irradiarán mensajes tendentes al mantenimiento de los patrones culturales de base. Otros, aislados más por su incapacidad de establecer relaciones eficientes con el entorno que por falta de ganas, se mantendrán en esa condición hasta que puedan realizar actividades complementarias como la minería y el turismo que les permitan desprenderse de su condición dependiente de la gran comunidad. En todo caso, este sector estará muy disperso constituyendo, con un bajo porcentaje de la población, una proporción mayoritaria de los asentamientos.

Los grandes asentamientos concentrarán servicios públicos y privados importantes como dispensarios, escuelas, bodegas, bibliotecas, transporte, acueductos y electricidad que llevarán aparejados puestos asalariados. Su economía, aún permaneciendo dependiente de las actividades tradicionales como la horticultura, la caza y la pesca se verá muy integrada a la economía mercantil global. Incluso, algunos individuos pertenecientes a la élite de funcionarios (maestros, enfermeros, etc) deslizarán notablemente sus patrones de consumo e, incluso, de alimentación hacia el modelo criollo.

A partir de estos núcleos poblados se irradiarán constantemente hacia los contornos nuevos grupos familiares en busca de áreas en las que no escasee el bosque

primario donde el rendimiento de los conucos, de la casa y de la pesca sea mejor. De esta manera se irá densificando la red de asentamientos fronterizos.

En contrapeso a esta tendencia, una parte de la creciente población tenderá a migrar a la ciudad donde ya algunos grupos pioneros se habrán encargado de establecer núcleos poblados que sirvan de atractores a aquellos sectores de la población que tienen interés de desplazarse a la ciudad pero que no lo hacen por no tener adonde llegar mientras se establecen. Evidentemente, nosotros no contamos con que este proceso sea rápido y masivo pues entorpecerá notablemente al de densificación.

La consecuencia fundamental de este proceso es la creación de sistemas de asentamiento que serán la expresión de la resistencia y perseverancia de los sectores más tradicionalistas, de las nuevas expectativas generadas por la acción del sistema escolar criollo y de las oportunidades abiertas a los sectores más emprendedores por la articulación de los indígenas al contexto global en términos pacíficos. Aun cuando este proceso genere algunos transfugas, yo estoy convencido que la creciente valoración positiva de la indianidad estimulará a todos los miembros de la cadena, desde aquellos que permanecen en la churuata hasta los que se vendrán a trabajar a la urbe, a mantener pública su condición de indios.

.....

Las tierras indígenas serán cada día más apetecibles y accesibles. Lo primero porque la profundización del conocimiento que de ellas tiene la sociedad global evidenciará la presencia de fuentes de riqueza (mineral, agrícola, paisajística)

explotables por quien cuente con el capital y la tecnología adecuados. Lo segundo porque la consolidación del sistema de asentamientos implicará el establecimiento de sistemas de transporte y comunicación como pistas de aterrizaje, picas, redes de radioaficionados, etc. Considerando además que ya no quedan espacios vacíos es predecible entonces una mayor frecuencia de conflictos por la tenencia de la tierra y una mayor resistencia del Estado a reconocerla.

Contrarrestando esta situación habrá un movimiento indígena más fuerte y profesionalizado y un lobby indigenista tanto o más activo que el que tenemos ahora. Los líderes contarán con una red de consejeros en asuntos criollos, muchos de los cuales serán también indígenas. Así mismo puede preverse el funcionamiento de sistemas de información como programas de radio, periódicos y redes de radioaficionados que harán más expedita la transferencia de noticias. Eventualmente es posible la llegada de la televisión a las comunidades que puedan costearse la adquisición de parabólicas y aparatos receptores.

La presencia de salarios, el acceso diferencial de los diferentes sectores de la sociedad a los servicios ofrecidos por el mundo criollo, el aprovechamiento de riquezas eventuales (minería y turismo, por ejemplo), y la aparición de pequeños empresarios profundizarán un proceso de doble estratificación: uno que se dará entre sus miembros en el seno de las comunidades y otro que se dará entre los miembros de diferentes comunidades. El primero generará una diferenciación sustancial entre aquellos que tienen un mayor acceso al dinero y su usufructo, es decir funcionarios y pequeños empresarios, y aquellos que dependen más de sus actividades

tradicionales para el logro de los bienes de prestigio ofrecidos por occidente. El segundo, más importante, permitirá la diferenciación entre aquellos que tienen acceso directo a la escuela, la salud y los planes sociales del gobierno y aquellos que se mantienen al margen. Una consecuencia previsible es que una buena parte del liderazgo y de los profesionales que vendrán habrán salido de las más grandes comunidades.

La tendencia a la integración escolar masiva de los niños aumentará la presión para el ingreso a la universidad pero al mismo tiempo evidenciará las deficiencias de la ejecución llevadas adelante en las escuelas indígenas. Sólo podrán graduarse aquellos muchachos que puedan subsanar con capacidad o habilidad las deficiencias acumuladas en escuelas y liceos. Las escuelas comunitarias mejorarán gracias al ingreso de una nueva generación de maestros más preparados que la mayoría de los pioneros. De nuevo, este proceso beneficiará primero a las grandes comunidades que aumentarán así el foso de calidad de integración que las separa de las más pequeñas.

CONCLUSIONES

La perspectiva desarrollada excluye toda posibilidad de desaparición y nos permite visualizar la presencia a largo plazo de los grupos indígenas presentes en la Venezuela contemporánea. Sin embargo, esta presencia estará enmarcada en un proceso de estratificación interna y de organización territorial que tenderá a reflejar las jerarquías del mundo occidental, aun cuando en un contexto y con unas características propias a la experiencia histórica y cultural de cada grupo.

Ella presume que los indígenas lograrán garantizar su base territorial, a pesar de todas las reticencias del Estado para reconocer los derechos a la inalienabilidad de ésta y a su uso y disfrute sin cortapisas. En efecto, mucho de lo que aquí hemos previsto se vería imposibilitado de ocurrir si los indígenas siguen siendo despojados de sus territorios ancestrales. Así, por ejemplo, si sus áreas de ocupación fueran invadidas por mineros, agricultores o hacendados, se crearían las condiciones para un proceso acelerado de campesinización que traería como sus consecuencias más notables la proletarización de un sector importante de la población y el aumento sustancial del proceso de migración rural-urbano que atentaría contra las posibilidades de consolidación de una red de asentamientos fronterizos eficientemente articulados a las instituciones del Estado.

En este caso, en lugar de producirse una integración lenta a la sociedad global que permitiese un mejor aprovechamiento de las oportunidades que ésta puede ofrecer, la desarticulación interna sería violenta generando la agudización entre las poblaciones indígenas de flagelos sociales como la mendicidad, la prostitución y la pauperización. Por todo esto, garantizar la base territorial sigue siendo el primer objetivo estratégico.

BIBLIOGRAFIA

- Aguado, Fr. P.
1915 **Historia de Venezuela**, Caracas, Imprenta Nacional.
- Beckerman, Stephen
1979 The abundance of protein in Amazonia: a reply to Gross. **American Anthropologist** 81:533-560.
- Boneuil, N.
1990a Turbulent dynamics in a

- XVIIIth century population. **Mathematical population studies** 2(4): 289-311.
- 1990b **Reconstruction et dynamique des populations du passé.** Tesis de Doctorado. París: EHESS.
- Dobyns, H.F.
1966 Estimating aboriginal american population: an appraisal of techniques. **Current Anthropology** 7(4): 395-416.
- Hopkins, D.R.
1983 **Princess and peasants: smalpox in history.** Chicago: University of Chicago Press.
- Le Bras, Hervé
1969 Retour d'une population à l'état stable après une «catastrophe» **Population** 5:861-896.
- Lopez, L.E.
1985 Introducción. En **Alemanes en Venezuela.** Madrid. Cambio 16.
- Mansutti Rodríguez, Alexander
1990 **Los Piaroa y su territorio.** Cuadernos de trabajo del CEVIAP. Caracas.
1988 Pueblos, comunidades y fundos: los patrones de asentamiento Uwojtjuja. **Antropológica** 69:3-37.
- 1981 **Penetración y cambio social entre los Akawaio y Pemón de San Martín de Turumbán, Anacoco.** Caracas: Tesis de M.Sc. Centro de Estudios Avanzados del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas.
- Rivero, Juan (s.j.)
1956 **Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta.** Biblioteca de la Presidencia de Colombia 23. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Román, Manuel (s.j.)
1970 Informe del 03-12-1749. En **Escritos varios del P. Joseph Gumilla,** pp. 313-320. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 94.
- Venezuela, República de
1985 Censo indígena de Venezuela Nomenclador de comunidades y centros poblados. Caracas: OCEI
1992 Censados en Venezuela 314.772 indígenas. Tiempo de resultados 2 (2): 1-4
1993 Censo indígena de Venezuela 1992. Tomo I. Caracas: OCEI.

RESUMEN

El autor intenta hacer algunas proyecciones de las tendencias que hoy aparecen como evidentes en los indígenas de Venezuela, con la consciencia de las limitaciones de tales proyecciones, pues no se cuenta aún con la materia prima básica que permita establecer escenarios globales posibles con rangos de error aceptables. Por esto sólo se propone hacer aquí predicciones mínimamente confiables, refiriéndose no a la configuración total de las futuras sociedades indígenas sino a algunos de sus elementos más destacados, procurando evitar emitir juicios de valor sobre las proyecciones, por corresponder este rol a los propios indígenas. Empieza por la dinámica que ha caracterizado a éstos desde la llegada del español, para ocuparse de los actuales Hiwi (Guahibos), Ye'kwana, Piaroa, etc. y llegar a la conclusión que la perspectiva desarrollada excluye ya toda posibilidad de desaparición, y que los indígenas lograrán garantizar su base territorial, con integración lenta a la sociedad global.

Palabras claves: Proyecciones - Futuro indígena - Venezuela.

ABSTRACT

The author attempts to make some projections from apparently clear tendencies in present-day Venezuelan indigenous peoples; he is aware of the limitations of these projections, since the basic material which would allow possible global scenarios with acceptable ranges of error to be established is not available. He thus aims to make only minimally reliable predictions, referring not to the general configuration of future indigenous societies but to some of their most outstanding aspects, and avoiding value judgments with regard to the projections (since this role should be played by the indigenous peoples themselves). He begins with the dynamics of their survival since the arrival of the Spanish, and goes on to concern himself with the present-day Hiwi (Guahibos), Ye'kwana, Piaroa, etc; he concludes that according to this perspective there exists no possibility of the disappearance of the indigenous peoples since they will succeed in ensuring their territorial base and slowly integrate into society in general.

Key words: projections, future of indigenous peoples, Venezuela.